

Rabelais, François

Gargantúa. Edición y traducción de Alicia Yllera
Madrid, Cátedra, 1999

He aquí un texto frecuentemente mencionado, pero quizá no tan frecuentemente leído, salvo por quienes tienen la lengua y la literatura francesas como ámbito específico de estudio. Por ello resulta sin duda oportuna esta publicación en castellano, en cuidada edición y traducción de la profesora Alicia Yllera.

Rabelais sigue siendo uno de los grandes clásicos de la prosa francesa del siglo XVI. Espíritu inconformista, sus ataques contra las instituciones del momento en sus aspectos más irracionales y partidistas (particularmente la Sorbona y sus representantes oficiales) y su afán verdaderamente científico y experimental (era médico además de fraile y escritor) dan fe de un pensamiento avanzado para su época, moderno podríamos decir, e ilustrado *avant la lettre*. De la personalidad curiosa, andanzas múltiples y escritos diversos de este humanista da cumplida cuenta la responsable de la edición («Introducción», pp. 7-50, completada con una pertinente relación bibliográfica), quien comienza dejando constancia de que «muchas son las incertidumbres que rodean la vida y la obra de François Rabelais, autor muy pronto transformado en mito y deformado por la leyenda» (p. 9). Las incertidumbres comienzan con la propia fecha de nacimiento: probablemente 1494, en La Devinière según la tradición, siendo su padre abogado en Chinon (Turena). Más incierta aún es la de su muerte, que podría haberse producido en 1553 o a principios de 1554. Por la época que le correspondió vivir, Rabelais hereda aún la tradición cultural y científica de finales de la Edad Media (pero su inteligencia lúcida le hace superarla en gran medida) y es testigo y partícipe de las polémicas religiosas y de otras índoles de la primera mitad del XVI, tiempos convulsos y altamente interesantes.

En cuanto a *Gargantúa*, apareció en 1534 o quizá a principios de 1535, y narra (como precedente *a posteriori* de las aventuras de su hijo Pantagruel, publicadas por Rabelais probablemente en 1532) las hazañas del gigante del mismo nombre. «Durante mucho tiempo se pensó que el personaje de Gargantúa era una creación de Rabelais. A partir del siglo XIX, con el surgir del interés por las tradiciones folclóricas, se recogieron diversas alusiones al personaje de Gargantúa esparcidas por la mayor parte de la geografía francesa (...)\", según aclara Yllera. Rabelais recogió una tradición, quizá ya de cierta antigüedad en su época, que era típica de la literatura popular y tenía como centro las hazañas disparatadas de un grupo de gigantes, escritas en tono bur-

lesco y difundidas en forma de panfleto durante las ferias de las principales ciudades comerciales francesa de la época, Lyon particularmente.

El personaje y sus hazañas (cuyo carácter burlesco y extraordinario aparece incluso desde antes de su nacimiento: «Gargantúa permaneció once meses en el vientre de su madre», según se nos relata en el capítulo tercero) sirven al autor para dar cuenta de numerosos aspectos de la sociedad de su época, criticar violentamente a ciertas instituciones oficiales y poner de manifiesto su alta formación humanística y científica, en un lenguaje de exuberancia inusitada, lleno de palabras inventadas (muchas basadas en étimos griegos o latinos, incluida la mayoría de los nombres propios) y de términos y expresiones típicos de la lengua popular, sin evitar (o más bien recurriendo a ella siempre que puede, se diría que con placer) la escatología: el capítulo en que presenta las ventajas e inconvenientes de los distintos tipos de «limpiaculos» es seguramente el ejemplo más característico. También se habla en la obra con frecuencia de comida y de bebida (cap. 4: «De cómo Gargantúa, estando preñada de Gargantúa, comió gran profusión de callos» y cap. 5: «Coloquio de los muy borrachos», entre otros).

Los escritos de Rabelais, exagerados en su uso de la lengua y, al mismo tiempo, de considerable diversidad temática, presentan por ello gran interés no sólo literario, sino también lingüístico. Todos estos factores hacen extremadamente dificultosa la traducción de las obras de Rabelais a cualquier lengua. La profesora Yllera supera con gran eficiencia estas dificultades, aclarando y justificando sus opciones, en notas a pie de página, cuando resulta pertinente.

El libro en cuestión, compuesto de 58 capítulos, presenta igualmente una gran variedad de temas. Por lo que nos concierne, destacamos aquí sólo aquellos que se centran en aspectos educativos. En líneas generales, el interés principal del autor, en ese ámbito, es contraponer la enseñanza puramente memorística e irracional (heredada de los tiempos medievales) y la nueva enseñanza basada en los principios humanísticos: la experimentación como base del conocimiento científico, el desarrollo del sentido crítico, el estudio en profundidad de las lenguas clásicas y de otras (para poder acceder directamente a las fuentes del conocimiento, sin intermediarios); principios que reclamarían Montaigne algo más tarde y los ilustrados en el siglo XVIII, y que podríamos aceptar sin gran dificultad actualmente.

El capítulo undécimo narra la adolescencia del personaje: «Gargantúa, entre los tres y los cinco años, fue educado e instruido en todas las disciplinas convenientes, según las disposiciones de su padre. Pasó este tiempo como todos los niños del país, es decir bebiendo, comiendo y durmiendo; comiendo, bebiendo

y durmiendo; durmiendo bebiendo y comiendo» (p. 114). En el capítulo 14 («De cómo Gargantúa fue instruido por un sofista en letras latinas») se cuenta que «un gran doctor sofista, de nombre Tubal Holofernes», instruyó tan perfectamente a su discípulo que éste era capaz de recitar el abecedario de corrido al derecho y al revés, «lo que le ocupó durante cinco años y tres meses» (p. 134). La crítica de Rabelais es implacable contra éste y los demás primeros preceptores de Gargantúa (cap. 15: «De cómo Gargantúa fue encomendado a otros pedagogos» y cap. 21: «El estudio de Gargantúa según sus preceptores sofistas»), incapaces de darle una educación adecuada a los tiempos, y en los que ejemplifica el método escolástico, defendido a ultranza por los miembros de la Sorbona.

Una educación más acorde con los principios humanísticos (expuestos más arriba) comienza tras la marcha del joven Gargantúa a París, donde Panocrates se encarga de su educación. Para empezar, le hizo «olvidar cuanto había aprendido con sus antiguos preceptores, como hacía Timoteo con los discípulos instruidos por otros músicos» (pp. 192-193). Le educa luego según principios más racionales y no por ello menos rigurosos, y atendiendo ahora tanto al desarrollo intelectual como al físico, tal como recomienda el precepto clásico *mens sana in corpore sano* (cap. 23: «De cómo Gargantúa fue instruido por Panocrates con tal disciplina que no perdía ni una hora al día»). Lo que se puede considerar «el manifiesto pedagógico» de Rabelais aparece de forma más estructurada y precisa en el capítulo octavo de *Pantagruel*, texto anterior al que hasta aquí nos ha venido ocupando (vid. supra).

Tanto por los aspectos educativos mencionados como por el resto de los temas rabelesianos, siempre tratados con humor, este notable texto merece una atenta lectura porque además, y no con escasa frecuencia, incluso divertirá al receptor.

Arturo Delgado Cabrera